



D. HUGO DE MONCADA: ◊

Valenciano; Gral. célebre en las guerras de Italia por su intrepidez y actividad. Fue Virrey de Sicilia y de Nápoles. Nació en 1478, y murió en una batalla naval en 1528.

Vicente Blasco Ibáñez

Hugo de Moncada



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA

© De esta edición: Ajuntament de València.
Delegación de Acción Cultural, Patrimonio y Recursos Culturales
© De la Introducción: Emilio Sales
ISBN: 978-84-9089-547-4
cmvbi@valencia.es
www.casamuseoblascoibanez.es

A modo de presentación

El número de *Las Provincias* de 29 de julio de 1888 dio amplia cobertura en su última página a la «fiesta de la poesía valenciana», celebrada la noche anterior, en el teatro Principal¹. Se trataba de la novena edición de los Juegos Florales promovidos por Lo Rat Penat, esa Societat d'amadors de les glòries valencianes que reivindicaba la importancia de la literatura regionalista, de una Renaixença, la valenciana, donde se aceptaba con total naturalidad la alternancia en el empleo del llemosí y de la lengua castellana. Entre los escritores premiados en dicho certamen, figuraba el nombre de un joven de veintiún años que alcanzó el galardón en la modalidad de biografía de un capitán ilustre valenciano. Dicho autor se llamaba Vicente Blasco Ibáñez y su obra, más un bosquejo que una auténtica biografía, se titulaba: *Hugo de Moncada*. Como galardón, el premiado recibió «dos alto relieves en bronce», remuneración otorgada por el capitán general del distrito don Marcelo de Azcárraga, aunque para esas fechas cabe suponer que el escritor se sentiría especialmente atraído por el prurito del reconocimiento público.

Ahora bien, contemplado el texto que aquí se reedita desde la distancia temporal que nos separa más de un siglo del mentado certamen, habrá que decir que el valor de este trabajo no radica tanto en la brillantez de sus contenidos y del estilo con que el autor intenta reconstruir los principales hitos biográficos del guerrero valenciano. Más bien, su interés reside en su capacidad para ilustrar algunas constantes ideológicas y creativas de Blasco Ibáñez.

En primer lugar, aquel muchacho que se confesaba discípulo aventajado de Pi y Margall y militó en las filas del republicanismo federal apenas se distinguía del resto de «renaixentistas» valencianos en su sentimiento españolista². Don Ramiro Ripollés, mantenedor de los Juegos Florales de 1888 reivindicaba la opción regionalista del movimiento ratpenatista, considerando

¹ Una síntesis del reportaje volvió a aparecer en el *Almanaque de Las Provincias para 1889*, Valencia, Federico Domenech, p. 178.

² «Tots els renaixentistes valencians eren espanyols i espanyolistes, i no és aquest el fet que els diferenciava entre ells» (F. Archilés i M. Martí, «Renaixença i identitats nacionals al País Valencià», en M. Nicolás (ed.), *Bernat i Baldoví i el seu Temps*, València, Universitat, 2002, pp. 51-72 [p. 62]).

que «el regionalismo no es separatismo; es vida dentro de la vida de la madre patria». Por su parte, en términos similares, el elogio realizado por Blasco de las proezas del de Moncada discurriría paralelo a la mención complacida de varios episodios significados de la historia peninsular, a antiguas glorias españolas entre las que citaba la unidad nacional conseguida por los Reyes Católicos, las victorias de los tercios, la labor de los militares de antaño en Italia y el norte de África y la epopeya de los conquistadores.

«¡Hermoso espectáculo el que presenta España [en los siglos XV y XVI]!», exclamaba el cronista en las líneas iniciales de su trabajo para incardinar cronológicamente la existencia de la figura «tal vez la más eminente que registra la historia de Valencia» en el mundo de las armas. Y esta complacencia en el encaje de lo valenciano en lo español sería una idea recurrente que en la mente del escritor fue amplificándose a medida que fue evolucionando su producción literaria y sus vicisitudes personales le fueron transformando en español, hispano, mediterráneo y, en fin, ciudadano del mundo.

Cierto que el diálogo de Blasco con la historia a través de *Hugo de Moncada* estuvo condicionado por la modalidad del certamen a la que concurrió. No obstante, esta empresa sintonizó en muchos aspectos con otras creaciones suyas de la misma época. En la colección de relatos *Fantasías (leyendas y tradiciones)* (1887), conjunto de narraciones «plagadas de terribles venganzas, de increíbles sacrificios con tal de vindicar o reparar una terrible injusticia»³, era más que palpable el entronque del artista con la tendencia historicista del Romanticismo. Pero en esa vuelta literaria a un pasado representado con acentos legendarios o transido de un tono melancólico había algo más que predilección por determinada estética. Había una velada simpatía hacia personajes de la talla del rey Jaime I, en «La espada del templario», o hacia la figura de El Encobert, en «Lo darrer esforç», relato por el que obtuvo un accésit también en los Juegos Florales de 1883. Una simpatía hacia la historia local y, sobre todo, hacia hombres de acción que por cualquier motivo escaparon a la mediocridad. También lo consiguieron los protagonistas de dos publicaciones del mismo año 1888, el guerrillero Romeu, en *¡Por la patria!* y el noble castellano revivido en *El conde Garcí-Fernández*. Su peripecia vital rebasa los límites geográficos de lo local y regional para trascender al ámbito peninsular: otra vez Valencia y España.

³ Enrique Rubio Cremades, «Los inicios literarios de Vicente Blasco Ibáñez: *Fantasías. Leyendas y tradiciones*», *Revista de Estudios sobre Blasco Ibáñez* 2 (2013), pp. 57-69 [p. 65].

Y lo dicho para estos títulos de juventud podría servir igualmente para aquellas novelas evocativas que el autor escribió en su madurez: bien para recordar la biografía de los papas españoles o rescatar las andanzas de los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo. La afición de Blasco Ibáñez por la historia permite establecer una línea de continuidad entre producciones narrativas distantes en el tiempo. Asimismo, deja entrever cuáles eran los gustos literarios del escritor en cada época (por ejemplo, Walter Scott, Fernández y González, e incluso Bécquer, durante su etapa juvenil), un escritor que fue lector empedernido y se acercaba a las obras ajenas bien por placer o en busca de información. Porque debe remarcar que la recreación histórica supone el cotejo de tantas fuentes librescas como se quiera, y Blasco no solo recurrió a muchas (obras de ficción, pero también libros y artículos de historia y documentación de época), sino que, además, no tenía reparo alguno en citar directamente los autores consultados. Lo hizo en sus inicios novelescos y mucho después, cuando se proponía encontrar nuevas técnicas de composición narrativa. En dichas fuentes hallaba un respaldo de autoridad que le podía servir en su afán demostrativo, ya que no debe olvidarse la voluntad reivindicativa que presidió varios de los relatos históricos de un autor que, a la hora de interpretar el pasado, no solo trataba de indagar en los usos y costumbres de épocas remotas para justificar determinados comportamientos, sino que transformaba en cuestión propia la defensa de figuras históricas sobre las que pesaba una negra leyenda.

La reedición de *Hugo de Moncada*, pues, testimonia una de las facetas menos considerada de la obra de Blasco Ibáñez, aunque consustancial a su espíritu, el de un imaginativo que, como dijo en muchos lugares, sentía admiración por los «grandes hombres», por los seres que mostraron en su viaje terreno cualquier excepcionalidad. Por eso, su alma de conquistador le abocaba a bucear en la historia particular de esos grandes hombres, Hugo de Moncada entre ellos, o en la historia general para entablar un diálogo con el pasado que para él pudo llegar a tener un valor casi especular.

Cinco años después de su defunción, cuando los restos mortales del escritor fueron trasladados a su ciudad natal, Lo Rat Penat imprimió una edición de *Hugo de Moncada* en homenaje del que un día «afinó» su pluma en el marco de la Societat d'amadors de les glòries valencianes. Es el texto que aquí se reproduce, acompañado del prólogo redactado por Nicolau Primitiu, presidente por aquel entonces de Lo Rat Penat, y de dos documentos autógrafos del propio Blasco Ibáñez.



BLASCO IBÀNYEÇ

Hugo de Moncada

OBRA INÈDITA

HOMENATGE DE LO RAT PENAT

Blasco Ibànyec, ratpenatiste

BLASCO IBÀNYEC fon ratpenatiste, Blasco Ibànyec és una i gloria de Lo Rat Penat.

En la primavera d' esta Societat de amadors de les glòries valencianes, Blasco Ibànyec fon ú dels que l'animaren, sentint-se deixeble d'aquells grans patricis que's digueren Labaila, i Pizcueta, Llombart, i Llorente, i tants atres en la qual companyonia feu les seues primeres armes literàries, les quals havien d' ésser la base ferma de la seua grandea en l'esdevenidor.

Aci, en la seua primera etapa, va escriure versos i obtingué premis, lo que demostrant l'idealisme d' un esperit somniador, que havia de presidir tota la seua obra, fins la d'apariències més realistes. Aci va fer els seus primers ensaigs d' historiaire, guanyant en honrosa lluita ab Joan García, i Jolià Poy i Villarejo, el Premi Azcàrraga, que impossava un tema sus un capità il-lustre, Valentí; triomfant ab la monografia *Hugo de Moncada*, als Jocs Florals de 1888.

No's va limitar a ésser un soci ratpenatiste més; car va formar part de les juntes de govern al costat del baró de Corts, Escalante, Casany, Llombart, Bonet Alcantarilla, Barber i Bas, Badenes Dalmau, Martíneç Aloy, Senis i Roca, García Zahonero, Iranzo Simón, Salvador Giner, Juli Cebrián Mezquita, Llorente, Roig Civera i Puig Torralba, i va bullir en L'Oronella, filial excursionista de Lo Rat Penat, i iniciada igualment per Llombart, tenint per companys al gran Pinazo, Vicent Pellicer, García Mas, Josep Nebot, Constantí Gómeç, Angel Gascó, Telesfor Salvador, Ramón A. Cabrelles, Josèp M. Polo, Ortega Paredes, Oltra Benavent, i atres, ja esmentats; prenint part molt activa a les tasques ratpenatistes, com heu fa patent el sentit discurs apologètic que va pronunciar a la memoria del seu homònim l'escriptor renaixentiste Vicent Boix, el 7 de març de 1888; i la sublim oració que, com a mantenedor dels Jocs Florals de 1891, va pronunciar davant de la regina Na Marieta Mascaros de Abargues, demostrant ja les seues condicions tribunicies que'l públic reconeixia ab els seus insistents aplaudiments.

Nosatres, les mitjanies intellectuals, quins amem a la nostra pàtria valenciana i romanem ad ella lligats, mantes vegades pareix que desitjariem que'ls genis que brollen de la terra nostra, en ella romangueren per a donar-li el fruit de les llurs creacions admirables; mes l'esperit dels grans homes, com

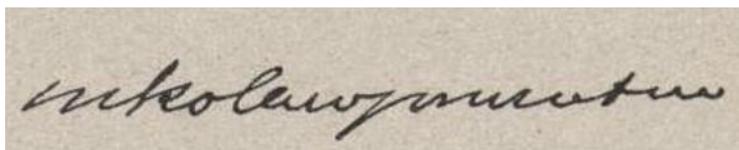
àliga cabdal, necessitada de l'espai infinit per a estendre les ales, no pot volar ni expandir-se en estrets àmbits, i s' enlaira i pervola a la recerca d' horisonts de més en més immensos.

La patria valenciana ha criat en tots temps figures ecumèniques que no han pogut romandre junyides a la terra nativa; que han calgut volar per l'univers: els Pere Pasqual, els Arnau de Vilanova, els Vicent Ferrer, els Borjes, els Lluís Vives, els Mayans i Sisear, els Pereç Bayer, els Vilanova i Piera i moltíssims més, precursors, en variades deixuplines, de la gran figura de Blasco Ibànyec que hui venim a homenatjar i del que 's pot bé dir que'ls àmbits de la terra tota ja no podien contindre la magnitud de tan selecte esperit.

Mes aquell gran home, aquell geni que ja encontrava xiqueta la terra, en la madurea de la seua vida, arreplegava el seu esperit cap a la seua patria valenciana, reivindicant les seues figures històriques més eminents, i alafí de la triomfal carrera literaria, quan la Parca segava el fil de tan preciosa vida, recordant, sens dubte, els jovenívols temps ratpenatistes, va ansiar dormir el somni etern envolupat per la nostra gloriosa Senyera.

Lo Rat Penat en el moment històric emocional del trasllat de les despulles del gran escriptor ratpenatiste Vicent Blasco Ibànyec, li ret est homenatge, senzill en les seues proporcions, immens en l'afecte d'esta Societat on va glatir i bullir a la recerca de la glòria, i, per a que romanga un bell record, enceta la seua Secció de Ciències Històriques ab la edició del Premi Azcàrraga, guanyat per Blasco Ibànyec als Jocs Florals de 1888:

HUGO DE MONCADA⁴

A photograph of a handwritten signature in dark ink on a light-colored, textured paper. The signature is written in a cursive, flowing style and appears to read 'Hugo de Moncada'.

President de Lo Rat Penat

⁴ Havem de fer constar que la investigació i troballa a l'Arxiu de Lo Rat Penat del tal treball, ha segut deguda a 'N Josèp Gasch Juan.

1.^{er} accedit. ^{Aug 1886 - n.º 40.}

Prêmio.

Hugo de Moncada



Lema

Ha de morir per barlos muy contento
Después de haber sentido muy juvadas

(Gil Polo)

Catalach n.º

20

Primera pàgina del manuscrit de puny i lletra de Blasco Ibàñez presentat al certamen dels Jocs Florals ab la primera i segon calificació i el nombre d' orde del treball. El catalogador va equivocar l' any del certamen.



Nº. 40.

Ninguna nación pueda gloriarse de haber alcanzado un poderío militar igual al que España tuvo en los siglos XV y XVI, ni jamás pueblo alguno contara entre sus hijos tantos y tan ilustres capitanes, ni podría anotar en su historia una brillante serie de conquistas ~~brillantes~~ y sangrientas batallas que figura en las páginas de la nuestra.
¡Hermoso espectáculo el que presenta España en la época antes citada!

Recién veía la unidad nacional, fusionados Aragón y Castilla bajo el solio de los Reyes Católicos y conquistada Navarra a los franceses y Andalucía a los moros, España

Primera página del texto manuscrito, de puny i lletra de Bischo Ibànyec

NINGUNA NACIÓN puede gloriarse de haber alcanzado un poderío militar igual al que España tuvo en los siglos XV y XVI, ni jamás pueblo alguno contar entre sus hijos tantos y tan ilustres capitanes, ni podrá anotar en su historia esa brillante serie de conquistas y sangrientas batallas que figura en las páginas de la nuestra.

¡Hermoso espectáculo el que presenta España en la época antes citada!

Recién hecha la unidad nacional, fusionados Aragón y Castilla bajo el solio de los Reyes Católicos y conquistada Navarra a los franceses y Andalucía a los árabes, España tenía una fuerza sin igual, producto de la que poseían aquellos reinos que habían entrado en su constitución y que antes se habían robustecido con la vida regional.

Los miembros separados y esparcidos, se habían nutrido aparte, para venir después a formar el organismo de un terrible gigante.

Jamás la historia de ningún pueblo de las Edades Media y Moderna, registra época tan gloriosa como aquella en que España tuvo la hegemonía europea.

Los reyes españoles eran temidos y respetados en todas partes como si fueran semidioses, nuestros navíos surcaban orgullosos las ondas de todos los mares con la altanería propia del que se siente poderoso, los guerreros de las más fuertes naciones huyen derrotados en el campo de batalla ante nuestros invencibles tercios, el pendón hispano ondeaba lo mismo en las más fuertes plazas de Italia que en las costas de África, nuestros embajadores eran respetados en las cortes extranjeras más que si fueran soberanos, y las vírgenes selvas de América repetían con sus ecos los pasos de aquellas cuadrillas de españoles que hambrientos y andrajosos, se atrevían a conquistar un imperio para su patria.

En esta época de gloria y de grandeza, en este período de tiempo que media entre dos siglos y en el cual España llega a la mayor altura que puede alcanzar una nación, es cuando aparece el guerrero insigne cuya vida intentamos bosquejar.

¿Quién fue don Hugo de Moncada?

Sintetizando puede responderse diciendo que fue un verdadero hijo de su época. La guerra lo era entonces todo; era el principal elemento de vida para los pueblos; los humildes y los desheredados veían en ella el medio de engrandecerse, servía para que las naciones se relacionasen unas con otras, abría paso al menguado comercio de entonces, y valiéndonos de un símil podemos decir que así como en la época presente la antorcha del progreso está

representada por el fulgor rojizo que sale de la máquina y el humo que despiden la locomotora, en aquel tiempo lo estaba por el incendio después de la victoria y el humo de las descargas de mosquetería.

La guerra en aquellos siglos llegó a adquirir tal importancia que casi tuvo la categoría de religión.

Media humanidad corría a sacrificarse en aquellas terribles fiestas que casi diariamente dedicaban al dios Marte.

Don Hugo de Moncada, siendo como antes hemos dicho un verdadero hijo de su época, fue guerrero, y toda su existencia la dedicó a la lucha sin darse un momento de reposo.

Donde quiera que sonaba el estrepitoso ruido de las batallas allí corría él a ofrecer su espada siempre invencible, sin atender a lo que deseaba el caudillo o soberano, bajo cuyas órdenes se ponía, ni qué es lo que representaba el estandarte que desde aquel instante iba a cobijarle.

En la presente época esta conducta parecería propia solamente de un aventurero, pero en aquellos tiempos era la que seguían los caballeros y los poderosos que hacían la guerra por la guerra.

La vida de Moncada fue un interminable campo de batalla, y sus años transcurrieron acompañados de las glorias y tristezas propias de la guerra.

Primero combatió al lado de los franceses contra los italianos, luego a las órdenes de un hombre grandioso por su ferocidad y sus crímenes contra señores feudales, y últimamente manejó su espada en defensa de los sagrados intereses de su patria.

Comenzó por ser un mercenario sin conciencia y acabó por figurar como un buen capitán español.

Esta conducta de Moncada tiene su razón de ser en lo desconocida que era en aquel entonces la idea de la patria española. Aunque los estados regionales se habían ya fusionado bajo la unidad nacional, no estaba todavía arraigado en el corazón de nadie el respeto a ese gran conjunto de reinos que comenzaba a denominarse España; y el valenciano, el catalán, el aragonés, etc. tenía por su patria la región en donde había nacido y no vacilaban en tomar las armas contra el soberano que mandaba en toda la nación.

Hoy merecería un concepto muy equívoco el guerrero que ofreciera su vida a la defensa de distintos y enemigos países. En aquellos tiempos el soldado alcanzaba renombre más por sus hazañas que por la justicia de la causa que defendía.

Así se explican los grandes cambios que experimentó en su vida militar don Hugo de Moncada.

Hora es ya de que comencemos la biografía de este ilustre guerrero.

Era el hijo cuarto de don Pedro de Moncada, señor de Aytona y nació en el reino de Valencia en unas tierras del señorío de su familia.

Los historiadores que han tratado de la vida de este hombre ilustre andan desacordes en este punto así como al precisar la fecha de su nacimiento.

Deseando participar de las glorias del heroico Moncada algunos cronistas catalanes pretenden hacerle compatriota suyo; pero Muñoz en su *Historia de la vida del emperador Carlos V* asegura que fue aragonés y hasta Gregoire, en su *Diccionario etimológico de Historia y Biografía*, afirma que nació en Francia; pero nuestro Beuter que vivió en la misma época que el insigne guerrero y que según asegura Escolano fue gran amigo suyo manifiesta con más certeza que nadie que vino a la vida en el reino de Valencia.

En cuanto a la fecha de su nacimiento puede asegurarse que fue la de 1478.

Los primeros años de la vida de Moncada los pasan en silencio todos sus biógrafos.

La infancia de aquel que debía ser después el ilustre capitán, terror de sus enemigos, se adivina si es que se tienen en cuenta los gustos y aficiones que siempre demostró.

Bajo los severos artonados de la casa paterna el joven Hugo debió agitarse con esa febril impaciencia propia de los temperamentos enérgicos, y devorando con los ojos las viejas crónicas de familia en las que se daba cuenta de las proezas de los antepasados, o leyendo sin descanso los libros de caballerías tan en boga en aquella época, sentiría esos arrebatos y ese deseo de incitación que constituyen la llamada nostalgia de la gloria.

Las aficiones literarias que don Hugo demostró posteriormente y de las que luego hablaremos, y su gran conocimiento de la historia de Aragón, hacen creer aquello.

Las hazañas de sus nobles ascendientes o de aquellos héroes legendarios dechados de valor y de virtud debieron influir en el ánimo del joven, que sintiendo amor únicamente por la guerra y queriendo sustraerse de las demás pasiones humanas, tomó el hábito de la orden de San Juan.

A los quince años, Moncada fue por mandato de su familia a la corte de los Reyes Católicos, pero el espíritu aventurero y un tanto rudo del joven no debió acostumbrarse al desarrollo en aquella atmósfera frívola y palaciega.

Ansiaba la guerra con sus mil azares, y a su alrededor no encontraba más que personas entregadas al descanso y la alegría.

Deseando encontrar lo que tanto apetecía, pidió permiso a su rey para partir allá donde hubiese guerra, y así que lo obtuvo se dirigió a París donde Carlos VIII organizaba aquella expedición contra Nápoles que tan desgraciado éxito alcanzó.

Con dicha expedición partió Moncada para Italia, pero no llegó al término de su empresa, pues tuvo que quedarse en Roma, obedeciendo una orden del rey don Fernando, el cual por haber fallecido Carlos VIII y haberlo sucedido Luis XII con el que anduvo desacorde desde el primer instante, ordenó a todos los españoles que formaban parte de la expedición que abandonasen las banderas de Francia.

El joven guerrero valenciano quedó solo en Roma, pero esto no fue por mucho tiempo, pues mereció muy buena acogida en la corte pontificia y el papa Alejandro VI, mirándolo con el cariño que inspira siempre un compatriota, y prendado de sus no comunes facultades, le distinguió grandemente.

Moncada que sentía a todas horas la necesidad de guerrear encontró en el duque de Valentinois el caudillo que deseaba.

El joven sintió desde el primer instante una admiración sin igual por aquel hombre cruel y sanguinario, pero valiente y audaz, y que tan a la perfección conocía el arte de la guerra; así es, que se alistó en su ejército y tomó parte en todas las campañas que César Borgia emprendió contra los señores feudales de Italia.

Camerino, Urbino, Forli, Imola y Faenza fueron los lugares testigos de las hazañas de Moncada.

El ejército de Borgia estaba compuesto de hombres duros y curtidos por las fatigas de la guerra y que podían sin escrúpulo ser reputados por los mejores soldados del mundo.

Los más terribles aventureros de todas las naciones corrían a ponerse bajo las órdenes de Borgia, que, además de pagar bien, permitía a sus soldados toda clase de excesos, y de aquí que aquel ejército fuera terrible, pues sus individuos, gente desesperada que fuera de aquellas filas no tenía otra perspectiva que la horca o morir de hambre, combatían siempre buscando la muerte.

En este ejército donde tan difícil era distinguirse, alcanzó muy pronto don Hugo un envidiable renombre, y aquellos veteranos que por nada sentían extrañeza, no pudieron menos de experimentar admiración por aquel joven que desazonaba al enemigo al primer bote de su lanza, y que se arrojaba sobre las filas contrarias con la velocidad arrolladora del torbellino.

La fama de sus hazañas corrió por toda Italia, y los Borgias le consideraban ya como el mejor capitán que tenían en sus banderas.

Tanto aumentó el renombre de don Hugo, que llegó hasta los oídos del Gran Capitán don Gonzalo de Córdoba, que a la sazón se encontraba mandando las armas españolas en Nápoles.

El de Córdoba invitó a Moncada a que se incorporara a su ejército y este que ya estaba cansado de luchar como un mercenario bajo unas banderas que no eran las de sus reyes, abandonó la corte pontificia y pasó inmediatamente a Nápoles.

El Gran Capitán le recibió con mucho agrado y le dio un elevado puesto en su ejército. A los pocos días Moncada tomó parte en la gloriosa jornada de Garellano, y fue tal el esfuerzo que en ella demostró, y tales su arrojo y actos de valor, que el rey don Fernando en pago de sus servicios le nombró gobernador de Calabria «porque le tenía —según dice el historiador Zurita— por muy valiente y buen caballero y siendo persona tan generosa y ejercitada en la guerra, mereció el ser preferido a muchos naturales y españoles que deseaban tan alto cargo».

En dicho gobierno don Hugo prestó grandes servicios a su rey y a su patria, siendo el más principal de todos el impedir que el agitador Vicencio Aubeni, que la gente llamaba conde de Grutaria, levantara bandera a favor de los franceses en Castelvetro.

Tanto hizo Moncada en su elevado cargo, tan buen celo mostró y tales condiciones de gobernante hizo públicas, que el rey de España le nombró en 1509 virrey de Sicilia, elogiando al propio tiempo su prudencia, integridad y ciencia militar.

Por aquel tiempo las expediciones de los piratas berberiscos a las costas de Italia eran muy frecuentes, y sembraban de desolación y espanto aquellas risueñas comarcas; por este motivo, pues, el rey don Fernando añadió al título de virrey de Sicilia que confería a Moncada, el de capitán general de esta y sus islas adyacentes, con el objeto de que castigara los desmanes de tan osados corsarios.

Pasó don Hugo a la isla de Sicilia y llegó a Palermo justamente en los instantes que más necesaria era su presencia, pues la ciudad estaba bastante alterada con las contiendas que sin interrupción surgían entre los naturales de la ciudad y los soldados españoles.

La gravedad de tales contiendas había sido tanta, que eran ya muchos los soldados españoles muertos en ellas, y en Palermo se desconocía la autoridad del rey.

Moncada comprendió desde el primer instante que aquella situación era hartamente seria para que no se la diera una solución pronta, y guiado por su carácter firme y enérgico, procuró terminar el conflicto cuanto antes.

Los principales promovedores del alboroto fueron por su orden presos y ahorcados, y a Juan Pollastro, caudillo de los sediciosos, mandó que le cortaran la cabeza en la plaza pública.

Con esto terminó la anarquía a que estaba entregada Palermo.

Como el espíritu de rebelión estaba también bastante extendido por toda la parte meridional de la península itálica, Moncada, por orden del rey, pasó a Nápoles donde empezaban a notarse algunos chispazos de sedición, pero merced a su prudencia y sus acertadas disposiciones no se alteró la paz pública, por cuyo servicio don Fernando le nombró general de dicho reino, confirmándole además por otro trienio en el virreinato de Sicilia.

No permaneció inactivo mucho tiempo don Hugo en los Estados cuyo gobierno le estaba confiado. Deseando acabar con los piratas que infestaban las costas de Sicilia, armó una flotilla de cinco naves, cuyo mando tomó y con ella pudo derrotar diversas veces a los corsarios, haciendo rumbo después a Trípoli, donde pasó el tiempo ocupado en construir un fuerte castillo del que le nombró castellano el rey Católico mientras viviera.

En enero de 1516 falleció don Fernando, y apenas llegó tal noticia a Palermo, el pueblo comenzó a murmurar contra su virrey, que ya estaba de vuelta, y al cual guardaba mucho odio desde la ejecución de Pollastro y sus compañeros.

Los palerminos fundaban sus murmuraciones en que Moncada continuaba en el virreinato de la isla sin derecho para ello, pues si bien el difunto rey el año anterior le había confirmado en tan elevado cargo, el nuevo soberano Carlos V de Alemania no manifestaba su voluntad de que prosiguiera gobernando Sicilia.

Las murmuraciones del pueblo fueron tomando cuerpo hasta darle a aquel una agitación febril, y en el mes de marzo, llegó a tal punto la hostilidad y la osadía de los naturales, que un hombre oscuro, al encontrarse con don Hugo en la calle, se atrevió a exigirle que abandonara el gobierno de la isla.

El de Moncada contestó a tan insolente proposición encarcelando al autor de ella, pero esto fue como la mecha que prende fuego a la misma.

Toda la población de Palermo se sublevó contra el virrey, y marchó al palacio de este con intento de matarle.

Escolano describe con brillante colorido aquellos terribles instantes para don Hugo, pues este no tenía entonces soldados para su defensa, y solo podía

contar con el apoyo de algunos servidores leales y de sus amigos don Antonio de Moncada, conde de Adrano y don Juan de Luna, conde de Calatavellota.

Estos dos caballeros espada en mano y ayudados por algunos criados sostuvieron el primer empuje de los sediciosos, pero estos por fin lograron penetrar en palacio, por lo que don Hugo completamente solo se vio obligado a escapar por una puerta falsa bajando a la playa donde se embarcó con dirección a Messina, población que no imitó la conducta de los habitantes de Palermo.

No permaneció mucho tiempo en dicho punto, pues fue llamado a Flandes donde se encontraba el emperador don Carlos.

El César español recibió con mucho agrado al ilustre guerrero y prometió el restituirle a su gobierno cuanto antes; pero no cumplió inmediatamente su promesa comprendiendo, sin duda, que un hombre de la talla de Moncada debía ser ocupado en empresas más grandes que gobernar un reino, si bien este por el carácter levantisco de sus naturales, exigía una energía poco común en el que estuviera a su frente.

No le dejó por mucho tiempo el emperador en la inacción.

La isla de Gerbes era el centro de donde partían todas cuantas expediciones verificaban los piratas berberiscos; Carlos V comprendió que haciendo deshacer aquel nido de corsarios el Mediterráneo quedaría completamente libre, y encargó tal empresa a don Hugo, a quien dio el mando de una poderosa y fuerte escuadra.

Moncada pasó con ella a Gerbes, y allí tuvo con los piratas una serie de brillantes combates de los que resultó siempre vencedor, apoderándose, por fin, de toda la isla y obligando al rey moro que la gobernaba a pagar anualmente al emperador un tributo de 12 000 escudos de oro.

Esta gloriosa expedición se verificó en 1521 y en ella alcanzó Moncada un gran renombre de general prudente y valeroso.

Carlos V que cada día cobraba más afecto a aquel guerrero que tan bien sabía secundar sus planes, no le dejó mucho tiempo de descanso, destinándolo otra vez a las empresas más arriesgadas y difíciles.

El ejército imperial, el año siguiente, o sea, el 1522, tenía puesto sitio a la ciudad de Tournay, mandado por el conde de Nassau, y era tal el aprieto en que se veían los habitantes, que estaban ya dispuestos a capitular. En esta ocasión un magnífico cuerpo de ejército francés mandado por el mismo Francisco I voló en socorro de la plaza sitiada, y don Hugo recibió el encargo de impedir que el rey avanzara sobre Tournay.

Moncada, puesto a la cabeza de un ejército inferior en número al del francés, ocupó posiciones para impedir que el auxilio se acercara a la plaza sitiada, y de tal modo supo resistirse y tantos medios estratégicos usó, que Francisco I se vio por fin obligado a retirarse.

El emperador, en agradecimiento a este hecho y a la conquista de Gerbes, confirió a don Hugo el alto cargo de maestro justiciero del reino de Sicilia, cargo que en aquella época era el más envidiado y el cual se hallaba vacante por muerte de don Ramón de Cardona.

El destino de Moncada era no permanecer quieto jamás, pues a los pocos días ya había emprendido otra expedición arriesgada. Noticioso de que el emperador deseaba hostilizar a Francisco I en su mismo reino, armó una escuadra de 16 naves con la mayor rapidez y guardando el más absoluto sigilo, y haciéndose a la vela de pronto, apareció una mañana ante el puerto de Tolón, cuyos habitantes quedaron sorprendidos a la vista de las naves.

Don Hugo rompió el fuego inmediatamente sobre la plaza, y fue tal el destrozo que causó su artillería, que a los pocos instantes los defensores abandonaban Tolón dejándolo en poder de los españoles.

Moncada dejó allí unos cuantos soldados y siguió adelante con dirección a las islas Hieres, que también el emperador en diversas ocasiones había manifestado deseos de poseer.

Las Hieres cayeron en su poder e igualmente tuvo Trejus, última plaza ante la que ancló la armada de Moncada.

Ya se disponía este a regresar triunfante a Nápoles, cuando divisó una poderosa escuadra que ostentaba el pabellón de los Dorias y que iba mandada por el mismo Andrés Doria, el más ilustre marino genovés.

El número de buques que mandaba este era muy superior al que formaba la escuadra de Moncada, pero a pesar de esta desventaja el guerrero valenciano, que jamás había vuelto la espalda al enemigo, aceptó el combate. Largo rato duró esto, pero la fortuna no quiso favorecer a Moncada, y rota su escuadra a la mitad de la batalla, tuvo que huir con algunas naves perseguido muy de cerca por Andrés Doria.

Así recorrieron gran parte del Mediterráneo pero al llegar al estrecho de Gibraltar y cuando Moncada se disponía a entrar en el Atlántico fue alcanzado por Doria y batido, cayendo últimamente en poder del genovés.

No permaneció mucho tiempo prisionero don Hugo. El tratado de Madrid ajustado entre España y Francia, en 1526, le dejó en libertad y pudo volver inmediatamente al lado del emperador.

Entonces comenzó a desarrollar Moncada sus envidiables facultades en otra esfera; pues como si no le bastara el ser un aguerrido capitán y un experto marino, el César le nombró embajador en Roma para tratar con el papa Clemente VII y disuadirle de su propósito de formar parte de la liga de los venecianos y los franceses contra España.

Don Hugo cumplió su misión con la exactitud y rigidez de un consumado diplomático, y usó de todos los medios para convencer al pontífice; pero en vista de las negativas de este y obedeciendo las órdenes del emperador, se retiró de la corte romana.

Carlos V no era hombre que permanecía inmóvil e irresoluto ante los obstáculos que pudieran elevarse en su camino, pues sabía destruirlos con la mayor tranquilidad de ánimo. Mandó decir al papa por última vez que desistiera de ligarse con los franceses, que no formara partido en favor de Francisco I, ni tampoco de él, y que se limitara a cumplir su misión que era de paz y fraternidad en la tierra; pero viendo que Clemente VII no respondía a su mensaje y lo consideraba como si no fuera digno de contestación, fulminó el rayo de su terrible poder sobre Roma.

Tres ejércitos al mando del condestable de Borbón, don Hugo de Moncada y el cardenal Pompeyo Colonna, se reunieron para marchar contra Roma, sobre la cual cayeron en 1521.

Apenas si la antigua capital pudo ofrecer corta resistencia y los sitiadores después de un furioso asalto penetraron en la ciudad.

La soldadesca, a pesar de las órdenes de sus generales, cometió los mayores crímenes y atrocidades.

La historia hace figurar el saqueo de Roma verificado en el siglo XVI, entre esos crímenes que deshonran a la humanidad, pues colocan al hombre al nivel de la fiera.

Hartas las tropas de matanza, y ebrios de furor, profanaron y destruyeron las cosas más sagradas. Toda Roma fue saqueada y la mano del soldado se apoderó lo mismo del objeto que estaba escondido en el más hermoso palacio, que en la más miserable casucha. Las esposas y las hijas fueron brutalmente forzadas en presencia de los esposos y los padres, y hasta las vírgenes del Señor fueron violadas junto a los mismos altares.

«Fue tomada Roma —dice el P. Mariana—, aquella señora del mundo, en 6 de mayo y en siete días fue desolada y aniquilada por el furor militar, habiendo sido muertos 4000 romanos y 1000 de los imperiales».

Algunos escritores, enemigos resueltos de nuestras glorias, entre otros el obispo Paulo Jovio, han pretendido demostrar que Moncada fue el principal

autor del saqueo de Roma, pues excitó a él a sus soldados. Esta afirmación está muy lejos de la verdad pues a don Hugo exclusivamente debió el papa el no ser insultado y aun muerto por la soldadesca. El guerrero español, con muchos esfuerzos, logró salvarle del furor de los lansquenets alemanes, encerrándolo en el castillo de Sant Angelo, no sin antes hacer que prometiera el no unirse jamás al partido de Francia ni al del duque de Milán.

La conducta, pues, de Moncada en aquella ocasión no fue tan censurable como algunos han querido hacerla ver.

No descansó mucho tiempo don Hugo en la Ciudad Eterna, pues su destino era el de batallar hasta en el último instante de su vida.

El emperador le ordenó que apresuradamente se encargara del gobierno de Nápoles, pues tenía noticia de que Lantrech, al frente de un ejército de 70 000 hombres, iba a invadir dicho reino.

Jamás don Hugo tuvo tan poca gente bajo sus órdenes como en aquella ocasión. Además de los pocos escuadrones de españoles y alemanes que le habían acompañado en todas sus expediciones, solo contaba con el auxilio de seiscientos italianos mandados por el capitán Marramaldo.

Moncada fortificó cuidadosamente el monte de San Martín que domina a la ciudad, y envió a las islas cercanas los más ricos ciudadanos de Nápoles con sus familias, para evitarles los graves males de la guerra que les amenazaban.

A fines del mes de abril de 1528, el ejército francés sitió a Nápoles formalmente. Lantrech se convenció desde los primeros instantes de lo difícil que era expugnar una ciudad que tan buenas defensas naturales tenía, y pensó que lo más conveniente era establecer un largo asedio e impedir que entrasen en ella víveres, tanto por mar como por tierra, esperando que por medio del hambre conseguiría rendir a los valientes defensores de la plaza.

La mayor preocupación de Lantrech fue el impedir la comunicación a los sitiados por la parte del mar, y con este objeto rogó a Andrés Doria que viniera en su ayuda, pero este no quiso abandonar Génova, y envió a Philipin Doria con ocho galeras. Desde la llegada de estas, la ciudad comenzó a padecer mucho por la falta de víveres.

Para alejar a un enemigo tan importuno y terrible, armó Moncada otras ocho galeras, embarcando en ellas 600 españoles y 200 alemanes. Con muy poca prudencia el mismo don Hugo quiso ser también de la expedición, y a pesar de los consejos de algunos amigos, se embarcó en compañía del marqués del Basto, los cardenales Ascanio y Colonna, y otros varones ilustres por sus hazañas y nacimiento.

El proyecto de Moncada era derrotar a Doria, y apoderarse de los víveres que este tenía y que hacía gran falta en la ciudad.

No ignoraba el genovés los proyectos de los sitiados y para evitar el fácil logro de estos, Lantrech le había enviado cuatrocientos arcabuceros muy diestros, a las órdenes del capitán Croe, para que hicieran fuego desde las bordas de las galeras.

Con este refuerzo Philipin Doria, que era tan buen marino como su tío Andrés, se apostó cerca de Salerno con intento de pelear. Luego que dobló el cabo Minerva y observando que se acercaba la armada mandada por el virrey, ordenó a tres galeras que se separaran de las demás a remo y a vela como si huyesen del próximo combate, y cuando esto se hubiera entablado y llegara a su apogeo, que atacasen por la espalda a las naves españolas.

El combate naval comenzó y a los pocos instantes tomó un terrible incremento. De ambas partes se peleaban con igual valor y denuedo, y las descargas de artillería se sucedían sin cesar.

El instante en que las dos escuadras llegaron al abordaje fue verdaderamente horrible. Los golpes se cruzaban entre aquellos grupos de hombres que luchaban sobre las débiles tablas puestas entre uno y otro buque enemigos, las órdenes de los jefes eran desoídas, pues todo se hacía por inspiración propia, y las grandes masas de humo que oscurecían el espacio impedían el que se vieran los mismos que se exterminaban.

Dos galeras genovesas estaban ya próximas a ser tomadas por los españoles, cuando en esto, aquellas tres que se habían alejado del lugar del combate, cayeron con gran ímpetu sobre la escuadra imperial, acometiéndola con todo el poder de su artillería.

Aquel fue el último instante del valeroso Moncada. Este corría por la cubierta de su galera dando órdenes y combatiendo como si quisiera exhortar a los suyos con la voz y con el ejemplo, cuando una bala de cañón derribó un pesado mástil que cayó sobre él.

Don Hugo con la cabeza destrozada y lleno de sangre rodó por el suelo, lo cual visto por sus enemigos les hizo redoblar su furia. Una verdadera lluvia de piedras y granadas encendidas cayó sobre él, y al poco rato aquel insigne guerrero cuyo brazo a tantos había hecho temblar en el campo de batalla, era ya cadáver.

La muerte de Moncada decidió el éxito de la batalla y la derrota de los imperiales fue completa. El marqués del Basto, Colonna, Serenon y otros principales caballeros fueron aprisionados por los genoveses y las galeras tomadas, excepto dos que se dieron a la fuga.

Murió don Hugo de Moncada a los cincuenta años de edad.

A propósito de su muerte nuestro compatriota el historiador P. Mariana dice así: «Guiciardino dice falsamente que el cuerpo de don Hugo de Moncada fue arrojado al mar después de la batalla, pues consta fue llevado a Valencia y en el Convento de Nuestra Señora del Remedio de la orden de la Santísima Trinidad (en donde se escribe esta *Historia de España*) fue sepultado en un magnífico túmulo de mármol y su busto está colocado entre los demás de la familia».

El señor Cerdá en sus notas al *Canto del Turia*, de Gil Polo, al ocuparse de don Hugo de Moncada dice que su cuerpo fue conducido a la ciudad de Amalfi antes que a Valencia, y que lo enterraron en la iglesia de Nuestra Señora del Remedio por ser esta fundación de su tío don Guillén Ramón de Moncada, obispo de Tarazona y chanciller del reino de Valencia.

La figura de don Hugo de Moneada es tal vez la más eminente que registra la historia de Valencia al tratar de sus hijos que se distinguieron en la vida de las armas.

Aquel hombre eminente reveló en el transcurso de su vida tan raras como diversas facultades, pues no fue solo un glorioso guerrero sino un experto capitán, un hábil marino y hasta en sus ratos de ocio (y según el testimonio de algunos escritores) un mediano poeta.

El erudito doctor frey José Matamoros asegura que don Hugo escribió sobre los capitanes más ilustres del reino de Aragón hasta su tiempo, dedicando una décima valenciana a cada uno de ellos y además se conservan fragmentos de un poema histórico que compuso en lemosín.

No hay historiador ni biógrafo que al tratar del heroico Moncada no le dedique frases laudatorias por sus proezas.

Grandes defectos y lunares presenta la vida de Moncada si es que se la juzga con arreglo al criterio de la época presente, pero si se la examina teniendo en cuenta el modo de ser de su siglo, se reconoce que no fue mejor ni peor que todos los grandes capitanes de entonces.

Valencia debe recordar siempre con orgullo a tan ilustre hijo, tras cuya espada marchó siempre la victoria, y al cual puede muy bien apellidarse el Gran Capitán del reino de Aragón